

cesores inmediatos de Calatrava, Mendizabal y sus colegas. Estaba la parcialidad exaltada en sumo descrédito entre los españoles un tanto imparciales, sintiéndose los males de su gobernacion, y contándose por culpas suyas todas las desdichas de los tiempos; estar poderoso el bando del pretendiente; haber este llegado á vista de Madrid; no poderse contar con la buena voluntad de Francia, cuya amistad era tan importante. Sobre el último punto se hablaba mucho, suponiéndose que la intervencion, mas que antes anhelada, y tan claramente negada, habria de conseguirse cuando el gobierno francés mirase en el español un amigo seguro al cual le conviniese dar apoyo, y un sustentáculo firme de la causa del orden cuya amistad no fuese peligrosa. Tales consideraciones, y sobre todas la esperanza de lograr auxilio extraño para poner fin á la guerra, esperanza dada y creida por no pocos con temeraria imprudencia como una promesa de casi infalible cumplimiento, influyeron en los ánimos de los electores. La ley electoral era nueva, y favorable un tanto al predominio de la gente acomodada é ilustrada sobre la ciega muchedumbre, y á que la eleccion saliese hija de influjos mas legítimos que los de una asociacion de conjurados, y en su novedad no encontró quien, como despues vino á suceder, supiese manejarla y torcerla hasta convertirla en ficcion completa y repugnante. Así las elecciones, á pesar de los pobres esfuerzos de los ministros que eran, salieron en gran parte de España favorables á los hombres del partido moderado. En Madrid mismo llevaron estos lo mejor al empezar las elecciones, si bien quedaron al cabo vencidos por una maniobra irregular del gobierno, la cual facilitó cobrarse de la derrota que iban llevando á los exaltados en la capital demasiado poderosos. En Cádiz un escándalo inaudito impidiendo ó difiriendo el triunfo á los moderados le hizo á la larga mas seguro. Habia sido en los varios distritos de aquella provincia la eleccion en favor de los candidatos de opiniones moderadas, entre los cuales se contaban los nombres de Isturiz y Galiano, á la sazón ausentes en Francia, y odiosos á los del contrario bando mas que otros algunos, y aun en la misma ciudad de Cádiz contaban ya crecido número de votos las mismas personas, y pocos los protegidos por la parcialidad opuesta, cuando, concertándose una porcion de gente desalmada, vestida casi toda ella con el uniforme de la milicia nacional, de súbito invadió á mano armada el lugar donde se estaba celebrando el acto de las elecciones, ahuyentó á los votantes amenazando sus vidas, y rompió las papeletas donde constaba quienes eran los elegidos, acompañando su accion con vivas á la libertad; contradiccion entre los hechos y las palabras, aunque chocante, no sin ejemplo. Restablecióse al fin el sosiego; pero quedando impunes los delincuentes, y el jefe político de la provincia culpó el exceso ocurrido en términos de tan poca severidad, que causó á la par que enojo risa. Los delincuentes, si bien no del todo vencedores, siguieron por algun tiempo señoreando la ciudad de Cádiz, y procedimientos entablados contra ellos hubieron de suspenderse por haberse alborotado sus cómplices y entorpecido su curso á la justicia, dominando á un gobierno falto de fuerza. Pero tales acaecimientos, aunque turbasen la paz y sirviesen de es-